

TRISTE POPULARIDAD

En el aniversario del nacimiento del maestro

Existen muchas formas para lograr la popularidad. No es necesario ofrecer patente de inteligencia ni honradez y sólo basta que el hombre se haga odioso a un sector determinado para que en la parte opuesta alcance las sonrisas de la popularidad.

Claro que esta es una popularidad a medias, conseguida un poco tristemente, por haber tenido que apoyarse en la injusticia y por haber sido premiada y alentada por gentes sin conciencia ni aprensión.

En España, por ejemplo, hubo una época en que la gente revistió de gran popularidad a los bandidos. Fué esto en los tiempos del "Candelas", del "Viñillo", del "Pernal", etc. Los periódicos dedicaron una atención preferente a la vida de estos malhechores. Las cupletistas cantaron sus "hazañas" y los caramelos eran envueltos con las figuras de esos bandidos auténticos. En el fondo, muchos españoles sintieron la muerte de esos hombres valerosos. Hubiesen preferido que siguieran merodeando en los caminos y atacando a las pacíficas diligencias.

Después, otros bandidos han asaltado los Gobiernos civiles y desde ellos han despachado sus viandas venenosas, ante la gran fruición y regocijo de los que desde la calle celebraban el banquete.

Muy triste todo esto. Porque la popularidad, cuando llega erizada por el estigma de la aversión, es como una mancha que empaña la verdad.

Por eso hay que pensar un poco detenidamente si lo que hacemos hoy no nos pesará mañana. La vanidad, la soberbia o la ignorancia suelen empujar a los hombres a cometer injusticias y atropellos con sus semejantes. Sobre todo, cuando el hombre es elevado a una categoría que le concede cierta autoridad o mandolismo sobre otros hombres.

Yo no sé qué será peor, si prestarse a las maquinaciones insaciables de una minoría abyecta o que el poncio cometa las injusticias obedeciendo exclusivamente a sus propios impulsos.

De cualquier forma, un gobernador civil que acepta previamente la responsabilidad del mando de un pueblo, no puede honradamente dejarse llevar de su carácter arbitrario, despótico o agresivo, ni puede dignamente aceptar el desgraciado papel de peritiquino. Esto es tan elemental, que lo sabe ya hasta el mismo Amilibia. Como antes lo supo Regueral. Y como todavía lo sabrá el fatídico Ballarín. Pero sucede que a la hora de aplicar la justicia, el famoso trébol se desgaja y al caer queda entodado.

¡Regueral, Ballarín y Amilibia! Tres figuras interesantes para componer la trilogía de los tiempos funestos.

Si esos tres hombres representa aquí la España; si en ellos puso el Gobierno de Madrid los ramales de la Justicia; si esos tres gobernadores fueron los encargados de aplicar rigurosamente la ley elaborada por un Estado que aspira—o debe de aspirar—a conseguir la pacificación política de un pueblo, ¡cómo quieren ustedes que tratemos a España amablemente, respetuosamente, con la educación que exigen las normas universales!

¡Cómo tratará usted, señor Amilibia, a quien desde el más alto sitial aprobaría toda violación de justicia y de derecho, todo escarnio de dignidad individual y colectiva, cometidos por uno de sus mandatarios! ¡Qué concepto le merecería a usted, señor Amilibia, el amo que consintiera que su espóquico castigara brutalmente al caballo, al caballo coaido al lazo!

Recuerde usted, señor Amilibia, y no lo olviden en Madrid, que mientras estuvieron en el Gobierno civil de Bizkaya los señores Martínez Arrión, Castro Casal y Calviño, no elevamos nuestro habitual tono de voz.

Dentro de algún tiempo se pondrán escribir impunemente estas o parecidas cosas, recordando el paso funesto de Amilibia por el Gobierno civil de Bizkaya:

"Por fin, ha tenido que marchar. Ya no es nada el que en Bizkaya lo fué todo, ofuscado por el delirio de la gloria republicana. Durante su gestión infansta, los nacionalistas hubieron de aguantar una persecución terrible. La crisis económica fué su constante preocupación, pero Bizkaya siguió sufriendo la crisis económica, como si a él no le hubiese preocupado.

Se olvidó muchas veces que sólo era un instrumento en manos de unos cuantos desaprensivos. Se olvidó que sólo las ideas, cuando se sienten sinceramente, son invencibles y eternas como esencia sublime de la inteligencia, y que, como todo lo que es grande, sólo en almas grandes puede hallar albergue.

Triste y perseguido por el fantasma inexorable del remordimiento, llegó a Madrid como llega a casa el señorito que ha gastado más de la cuenta. Quería algo que recompensara sus servicios. Pero nada; en Madrid no le reconocieron la primera cualidad que se requiere para pedir: el talento."

ERROTARI.

No sé quién es su autor ni dónde se ha escrito; sólo sé que la lei hace muchos años y que ha quedado en un rinconcillo de mi memoria, embelesándome cada vez que la exhumo con su perfume de leyenda y su simbolismo precioso.

Fué en un país del Oeste, en el que florecen los manzanos y donde sus hombres guardan dentro del pecho velludo un corazón de oro.

Era tradicional costumbre que al llegar los jóvenes a cumplir los veinte años se coronaran de rosas, que habían sido tejidas amorosamente por manos familiares.

Y le llegó a Faliero el día ansiado, que el era el que decidía la suerte de toda la vida, el día en que le consagraban públicamente como hombre. No durmió el joven la noche anterior, y palidecían las estrellas por Oriente cuando ya Faliero, fuera de su casa, contemplaba anhelante el amanecer de aquel día decisivo para él.

El sol se levantó como de costumbre, la alondra piaba sobre la jugosa tierra removida; las golondrinas, con su vuelo sesgado, cortaban el azul del cielo.

Como siempre. Nada había de extraordinario; pero al joven le enardecían aquellos vuelos de las golondrinas, ebrias de infinito...

Un mocetón que conducía el arado dejó oír la siguiente copla:

Amores hay que nos matan,
ó decir a los hombres.
Amores hay que nos matan...;
¡quiero uno de esos amores!

Aquella canción rimaba muy bien con el anhelo impreciso que dominaba el corazón de Faliero.

Una mujer avanzaba por la carretera con una corona de flores en las manos.

Era una mujer majestuosa, de edad madura, pero de una gran belleza. Sin embargo, lo que cautivó al joven fué la espléndida corona de rosas que llevaba en las manos. Rosas blancas y rojas rosas encendidas, cuajadas de rocío, con ese perfume un poco soso de la flor que duerme todavía.

Faliero la siguió: —Dame esa corona, mujer, que hoy debo ser coronado.

—Joven, vele; tienes en tu casa preparada tu corona.

Pero aquellas rosas magnetizaban al joven, que en pos de ellas fué muy lejos.

—Volvete, joven—le dijo la mujer—; el sol llega ya al cenit y debes antes ser coronado.

—Dame esa corona—suspiraba Faliero.

—Tómala; pues que lo quisiste, eres tú el elegido, el predestinado—le dijo la mujer—, colocando la magnífica corona en sus sienes.

¡Cielos, cómo sangra la frente del joven! Caer la sangre por su rostro, como gotas de rubí, mientras sus ojos se fodean de círculos morados y su nariz se afila...

¡Pero las flores brillan con toda su esplendorosa magnificencia!

No tengas pena, Faliero. Son flores que han de alimentarse con tu dolor y con tu sangre; ¡pero no las vieron más hermosas los jardines de Sion!

¿Quién ha estado jamás ornado como tú? Flores inmarcesibles son esas que coronarán tu memoria, aunque tu cuerpo se convierta en polvo en el sepulcro!

Esa es la leyenda, preciosa para mí, pues creo que el joven que eligió para ceñir sus sienes la magnífica corona de bellísimas flores inmarcesibles, sí, pero de punzantes espinas, dolorosas, espinas que matan, es nuestro Maestro.

Es Sabin, que en los albores de su juventud encontró a Euzkadi y no supo vivir más que por ella y para ella. Es Sabin, el predestinado, el elegido de Euzkadi; el que coronó su vida con las blancas rosas de la fe y de la castidad (quizá como ningún caudillo) y con las sangrantes rosas del sacrificio, que consumió su vida.

Jóvenes que os encontráis ahora en esa época en que la vida prodigamente ofrece rosas; ¿cuáles vais a elegir para orlar vuestras sienes?

¡Ah!, no busquéis el coronar con rosas fáciles, con rosas que duran un día y al atardecer caen deshojadas! Euzkadi, doliente, pasa por vuestra puerta con su corona de rosas en las manos de blancas rosas inmaculadas, entre hojas de esmeralda y purpúreas rosas encendidas, entretejadas todas con agudas espinas punzantes...

El viento trae como un eco: "Amores hay que nos mantan...; ¡quiero uno de esos amores!"

¿Quién, pues Sabin ha caído, va en pos de Euzkadi a ser coronado de rosas perdurables?

SOÑNE.



Diez patriotas de Lizáza multados

¡¡No pagarán!!

El gobernador de la República en Nabaña, don Fermín de Solozabal, ha impuesto una multa gubernativa a diez patriotas de Lizáza afiliados al Partido Nacionalista Vasco, por interrumpir a dos oradores radicales socialistas que dijeron en un mitin celebrado en Lizáza, que Nabaña tenía hoy, más autonomía que la que tendría con el Estatuto, que no se ha aplicado ni una sola vez la Ley de Defensa de la República, que la República paga y continuará pagando a los curas y otras cosas por el estilo, que si las hubiéramos dicho nosotros la hubiera calificado el mismo representante de España como subversivos. La multa, según declara el oficio, no es por otro motivo, sino por que "estuvo a punto de producirse una alteración de orden público".

Esta, es pues, una declaración oficial del propio gobernador, de que el orden no se alteró. ¿Y si no se alteró el orden, a qué viene la multa?

Todos los patriotas sabemos a qué vienen esas multas en Nabaña. A continuar la labor que los representantes de España vienen desarrollando en Euzkadi.

Las denuncias recuerdan los tiempos de la soplonería en que cualquier somatenista o ometista hacía denuncias al gobernador. ¡Y qué denuncias!

Per pisar una lata de tomate, por no ser primorriverista.

Hoy como ayer, mañana como hoy, y siempre igual...

Comienza, pues, la persecución en Nabaña y surge un nuevo Amilibia, hermano de raza nuestro también, para mayor desgracia nuestra y suya.

Continúen "trabajando" los representantes de España, que sus trabajos no sólo impedirán la difusión de las doctrinas de JEL, sino que contribuyen a ello. Los patriotas de Nabaña, como los de Gipuzkoa y Bizkaya, están dispuestos al sacrificio de todos sus "intereses"—no en beneficio del Estado opresor—y hasta de su vida y de su libertad si necesario fuera para hacer libre a su Patria Euzkadi, y esto no lo han de impedir entre todos los Amilibias y todos los Solozabal del mundo.

Hoy han sido los de Lizáza, mañana serán los de Tafalla, como todos los días son los de Bermeo.

Unámonos más en la persecución y hagamos que todos los nabaños sientan, como los diez multados de Lizáza, ese día, pese a quien pese, habremos hecho libre al pueblo de nuestra raza.

Unámonos todos los vascos, Olvidando nuestras penas, Rompamos las cadenas...

NAPARTARA.

Panadería ARRUE

Especialidad en Vienas de Kilo y vienas empapelados, elaborados con los mejores materiales y más modernos adelantos.

Pida usted siempre
Pan de Arrue
TELEFONO N.º 14.503